



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat

Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autor	José Cristo Rey García Paredes	2
Títol	Siete Reflexiones a partir del Mensaje Sinodal	
Data	28 d'octubre de 2012	
Font	Ecología del Espíritu – Bloc de l'autor http://docutexts.blogspot.com.es/2012/11/set-reflexions-partir-del-missatge.html	

El Sínodo sobre la Nueva Evangelización ha concluido. Antes de que nos llegue la exhortación apostólica, que redactará el Papa Benedicto XVI, y antes de que tengamos acceso a las Propositiones, los Obispos nos han enviado un Mensaje. A mi modo de ver, se trata de un Mensaje que encierra mucha riqueza, la cual, tal vez, no se logre captar con una primera lectura. De hecho serán no pocos los que se pregunten: ¿pero qué aporta de nuevo? ¿Para qué ha servido un Sínodo sobre la nueva Evangelización? Al fin y al cabo, ¿no se vuelve a repetir lo de siempre? Ofrezco seguidamente una síntesis del Mensaje y posteriormente unas Reflexiones teológicas a propósito del mismo, que intentan contribuir a una renovación en profundidad de la Iglesia en su misión evangelizadora.

Síntesis del Mensaje del Sínodo sobre la NE

Los obispos, reunidos en Sínodo con el Obispo de Roma, nos acaban de enviar un mensaje. Su objetivo es “animar y orientar el servicio al Evangelio en los diversos contextos en los que estamos llamados hoy a dar testimonio”.

Aunque el Mensaje está dividido en 14 números –todos ellos con su correspondiente título-, podría ser reducido a tres apartados, con una introducción (el icono de la Samaritana) y una conclusión (María, estrella de la Evangelización):

- La nueva Evangelización como encuentro y obra del Espíritu (1)
- Los agentes (2)
- Escenarios, oportunidad y contextos (3)
-

Introducción: el icono de la Samaritana (n.1)

Se inicia el Mensaje evocando el encuentro de la Samaritana con Jesús en el brocal del pozo de Jacob. De este icono se deduce que “no hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría no se encuentre junto a un pozo con una vasija vacía, con la esperanza de saciar el deseo más profundo de su corazón”.

Sin embargo, no es fácil acertar con el pozo del agua viva: “hay muchos pozos que se ofrecen a la sed del hombre”. Pero no sacian la sed. “La Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vida, de modo que puedan encontrarlo”.

I. La nueva evangelización como “Encuentro” y obra del Espíritu

El mensaje no pretende ofrecer una definición de la “nueva Evangelización”. La describe a partir del momento que estamos viviendo en nuestra tierra e historia. La nueva Evangelización consiste en un encuentro con Jesucristo “hoy” y tiene en el Espíritu Santo –el Espíritu del Señor- su principal actor y protagonista. Y, al mismo tiempo, caracteriza la nueva Evangelización como la misión que brota de la contemplación y que asume el rostro del pobre.

1. Encuentro con Jesucristo (nn.2-4)

La evangelización tiene como objetivo “conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él” (M,2). Es urgente evangelizar tanto en regiones evangelizadas desde antiguo, como en las recientemente evangelizadas. La fe se está apagando, ¡es necesario reavivarla! ¡Hay que favorecer un nuevo encuentro con el Señor por parte de quienes recibieron el bautismo y se alejaron de la Iglesia y viven ya sin referencia alguna a la vida cristiana! “Los cambios culturales nos llaman a *algo nuevo*” (M,2): a una experiencia comunitaria y nueva de la fe y a un anuncio del Evangelio “nuevo en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones” (M,2).

En todo esto, se parte de la convicción profunda de que “la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús” (M,3). La nueva Evangelización intenta posibilitar el encuentro con Jesús, proponiendo al ser humano de hoy la belleza y novedad del encuentro con Jesús. Este encuentro no es imposible, difícil ni incierto: Jesús mismo “sale al encuentro” (M,3): somos buscadores previamente buscados.

“La Iglesia es el espacio ofrecido por Cristo para este encuentro” (M,3); ella manifiesta –sobre todo en sus celebraciones litúrgicas- que es obra de Dios; ella “hace visible en sus palabras y gestos el Evangelio” (M,3). De aquí deriva la necesidad de que las comunidades eclesiales sean acogedoras, espacios en donde todos se encuentren “como en casa”. Hay que multiplicar y hacer accesibles a los seres humanos de hoy los pozos en los cuales sean invitados a saciar su sed, a experimentar un oasis en los desiertos de la vida, a encontrarse con Jesús.

Los Evangelios nos narran cuáles fueron los puntos de encuentro con Jesús durante su vida pública: en el contexto del trabajo (Pedro, Andrés, Santiago y Juan), como respuesta a la curiosidad (Zaqueo) o a la intercesión por una persona querida (el centurión), o a la propia ceguera (el ciego de Jericó, el ciego de nacimiento), o a la hospitalidad ofrecida (María y Marta) (M,4). Hoy debemos facilitar también otros puntos de encuentro: “la lectura frecuente de la sagrada Escritura, iluminada por la Tradición de la Iglesia, nos ayuda a hallar espacios nuevos de encuentro con Jesús, nuevas formas de acción evangélica, enraizadas en las dimensiones fundamentales de la vida humana: familia, trabajo, amistad, pobreza, pruebas de la vida” (M,4).

2. El Espíritu del Señor, primer actor de la nueva Evangelización

Pero no podremos realizar la nueva Evangelización si no nos dejamos evangelizar de nuevo y si no acogemos el don de la conversión hoy necesaria: “la debilidad de los discípulos de Jesús hace mella en la credibilidad de la misión” (M,5). De todos modos, “si esta nueva evangelización fuese confiada a nuestras fuerzas, habría serios motivos de duda” (M,6). El mensaje del Sínodo reafirma algo sumamente importante:

“en la Iglesia la conversión y la evangelización no tienen como primeros actores a nosotros, pobres hombres, sino al mismo Espíritu del Señor” (M,6).

“No somos nosotros quiénes para conducir la obra de la evangelización, sino Dios: la actividad verdadera viene de Dios y solo introduciéndonos en esta iniciativa divina, solo implorando esta iniciativa divina, podemos nosotros también llegar a ser –con él y en él- evangelizadores” (M,6)

“Estamos convencidos, además, que la fuerza del Espíritu del Señor puede renovar su Iglesia y hacerla de nuevo esplendorosa” (M,6).

“Aquí está nuestra fuerza y nuestra certeza, que el mal no tendrá jamás la última palabra, ni en la Iglesia, ni en la historia... Nosotros confiamos en la inspiración y en la fuerza del Espíritu, que nos enseñará lo que debemos decir y lo que debemos hacer, aún en las circunstancias más difíciles” (M,6)

Desde esta convicción, del primado del Espíritu Santo en la nueva Evangelización, se deriva una nueva forma de parresía y audacia evangelizadora:

“No nos sentimos atemorizados por las condiciones del tiempo en que vivimos. Nuestro mundo está lleno de contradicciones y de desafíos, pero sigue siendo creación de Dios y, aunque herido por el mal, siempre es objeto de su amor y terreno suyo, en el que puede ser sembrada la semilla de la Palabra para que vuelva a dar fruto” (M,6)

“No hay lugar para el pesimismo en las mentes y en los corazones de aquellos que saben que su Señor ha vencido a la muerte y que su Espíritu actúa con fuerza en la historia... ¡Nuestra Iglesia está viva” (M,6).

De todas formas, es muy necesario hoy el discernimiento de espíritus para no confundir el Espíritu Santo con otros malos espíritus que –sin percibirlo- se pueden apoderar de nosotros. El mensaje del Sínodo lo recuerda más tarde, pero es oportuno expresarlo aquí mismo: “Sabemos que en el mundo debemos afrontar una dura lucha contra los principados y las potestades y los espíritus del mal (Ef 6,12)... (M, 10). Por eso, el Espíritu Santo lleva adelante la misión en un contexto de auténtica lucha apocalíptica.

3. La espiritualidad de la nueva evangelización: contemplación y cercanía a los pobres (n.12)

Hay dos expresiones de la vida de fe que son especialmente relevantes en la nueva evangelización: la contemplación y la cercanía a los pobres (n.12)

“Solo desde la contemplación puede desarrollarse un testimonio creíble para el mundo, solo este silencio orante puede impedir que la palabra de la salvación se confunda en el mundo con los ruidos que lo invaden” (M, 12). Hay que favorecer “los lugares del espíritu y del territorio que son una llamada hacia Dios, santuarios interiores y templos de piedra” (M,12).

Es auténtica la nueva Evangelización cuando “tiene el rostro del pobre” (M,12). La cercanía al pobre no es solo cuestión de solidaridad, es –ante todo- “un hecho espiritual” (M,12). Por eso, la nueva Evangelización requiere que “a los pobres se les reconozca un lugar privilegiado en las comunidades cristianas, un puesto que no excluya a nadie” (M,12). Su presencia tiene la capacidad de “cambiar a las personas más que un discurso, enseñar fidelidad, hacer entender la fragilidad de la vida, exige oración, conduce a Cristo” (M,12). El gesto de caridad hacia los pobres ha de estar acompañado por el compromiso por la justicia, tal como postula la doctrina social de la Iglesia –horizonte necesario en la nueva Evangelización- (M,12).

II. Los agentes

Los obispos son los primeros que refieren a sí mismos la urgencia de una nueva Evangelización hacia ellos mismos –pues se confiesan humildemente pecadores- y hacia los demás. Entre los agentes de la nueva Evangelización mencionan a la familia, a la vida consagrada, a la parroquia y a los jóvenes.

1. La familia y la vida consagrada (n. 7)

En la comunicación de la fe de generación en generación le corresponde a la familia –especialmente a las madres- un lugar muy importante: “la transmisión de la fe ha

encontrado un lugar natural en la familia... No se puede pensar en una nueva evangelización sin sentirnos responsables del anuncio del Evangelio a las familias y sin ayudarles en la tarea educativa” (M, 7). Pero hoy la familia esta sufriendo una tremenda crisis: “está atravesada por todas partes por factores de crisis” (M, 7), que se verifica en situaciones familiares de separación y divorcio o en las convivencias irregulares. En el Mensaje no se ofrecen soluciones concretas a esta crisis: simplemente se reafirma que es necesario “crear itinerarios específicos de acompañamiento antes y después del matrimonio” (M,7) y que “el amor de Dios no abandona a nadie” (M,7) y que “la Iglesia los ama y es una casa acogedora con todos, que siguen siendo miembros de la Iglesia, aunque no pueden recibir la absolución sacramental ni la Eucaristía” (M, 7).

También se hace referencia a la vida consagrada como agente de la nueva Evangelización. Quizá para correlacionarla con la familia y el matrimonio que están al servicio de la vida humana, la vida consagrada es presentada como aquella cuya principal orientación y cuidado es la “vida eterna”, “más allá de lo terrenal”, siendo de ello “testigos en la Iglesia y en el mundo”: “una vida totalmente dedicada al Señor, en el ejercicio de la pobreza, la castidad y la obediencia, es el signo de un mundo futuro que relativiza cualquier bien de este mundo” (M,7). Se relata aquí la vida consagrada como auténtica “fuga mundi”, aunque posteriormente se pone de relieve su función de testigos y promotores en la nueva evangelización “en los varios ámbitos de la vida en que los carismas de cada instituto los sitúa” (M,7).

2. La parroquia y sus agentes de evangelización (n.8)

Dentro del contexto de una obra de evangelización que corresponde “al conjunto de las comunidades eclesiales” emerge la función imprescindible de la parroquia, fuente en la que todos pueden beber y encontrar la frescura del Evangelio (M, 8). Le corresponde a la parroquia “unir a la tradicional cura pastoral del Pueblo de Dios y a las variadas formas de piedad popular, las nuevas formas de misión que requiere la nueva evangelización”. Agentes de evangelización en la parroquia son todos: el presbítero (ministerio de sacerdote, padre y pastor), los diáconos, los catequistas y otras figuras ministeriales y de animación (M, 8). Todos ellos han de orientar su presencia y servicio desde “la óptica de la nueva Evangelización cuidando su propia formación humana y cristiana, el conocimiento de la fe y la sensibilidad a los fenómenos culturales actuales” (M, 8). Dentro de la parroquia –en cuanto Iglesia particular- han de integrarse, en comunión y en fidelidad al propio carisma, tanto los movimientos antiguos como los nuevos (M, 8).

Tampoco olvida el mensaje del Sínodo que hay hermanos de Iglesias y comunidades eclesiales con los cuales se comparte la misión evangelizadora, “aunque la unidad no es todavía perfecta, pero han sido marcados con el bautismo del Señor y son sus anunciadores”. La unidad ecuménica es una exigencia de la misión.

3. Para que los jóvenes puedan encontrarse con Cristo (n. 9)

El mensaje del Sínodo les reconoce a los jóvenes “un rol activo en la obra de la evangelización, sobre todo en su ambiente”. Muestra un talante optimista ante los jóvenes, porque “descubren en los jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad”. El mensaje también se muestra preocupado por los influjos que sufren las nuevas generaciones. De todas formas, se vierte sobre ellos una mirada mucho más comprensiva que aquella que se proyecta sobre el matrimonio y la familia. El mensaje cree firmemente que “el amor de Cristo es quien mueve lo profundo de la historia y que sólo Cristo puede ser respuesta capaz de saciarlos” (M, 9).

Por otra parte, el mensaje reconoce que la nueva evangelización tiene un campo particularmente arduo y apasionante en el mundo de los jóvenes, con realizaciones tan satisfactorias como las Jornadas Mundiales de la Juventud (M, 9).

III. Escenarios, Oportunidad y Contextos

El mensaje del Sínodo no utiliza el término “escenarios” o “lugares” de nueva Evangelización. Prefiere referirse directamente a los nuevos fenómenos que están diseñando el presente y el inmediato futuro de la humanidad y hablar posteriormente del diálogo con la cultura, la razón, la utilización de los medios y redes de comunicación social, la “vía de la belleza” en el arte, el mundo del trabajo y del sufrimiento y la enfermedad.

1. Los nuevos fenómenos (M, 10)

El Mensaje de los obispos reconoce que hay fenómenos actuales, contemporáneos que se deben convertir para la Iglesia en “oportunidad para extender la presencia del Evangelio, para difundir la fe y la comunión”: tal es el caso de la *globalización*, de las *migraciones*. Otros fenómenos como la *secularización*, las formas más ásperas de *ateísmo* y *agnosticismo* pueden ser interpretados más que como vacío, como nostalgia y expectativa. Fenómenos como la *crisis del primado de la política y del Estado*, hacen que nos preguntemos: ¿cómo hacernos presentes en esta sociedad? También las muchas y nuevas pobrezas nos abren espacios inéditos al servicio de la caridad (M, 10).

2. Diálogo con la cultura, alianza entre fe y razón, la vía de la belleza (n. 10)

La nueva Evangelización no solo pretende hacer posible el encuentro de la persona con Jesucristo, sino también encontrar “las semillas del Verbo”, presentes en las culturas y las experiencias humanas. La Iglesia tiene la convicción de dialogando con las culturas “el Evangelio es portador de luz y es capaz de sanar la debilidad del hombre” (M, 10).

Desde otra dimensión, “la nueva evangelización tiene necesidad de una renovada alianza entre fe y razón”. Se parte de la convicción de que “la fe tiene recursos suficientes para acoger los frutos de una sana razón abierta a la trascendencia y tiene, al mismo tiempo, la fuerza de sanar los límites las contradicciones en las que la razón puede tropezar” (M, 10). Cuando, por otra parte, “la ciencia y la técnica no presumen de encerrar la concepción del hombre y del mundo en un árido materialismo, se convierten en un precioso aliado para el desarrollo de la humanización de la vida” (M, 10). Estos planteamientos tienen especial incidencia en “el mundo de la educación y la cultura (escuelas, universidades)” (M, 10).

El mundo de las comunicaciones y redes sociales ofrece a la nueva Evangelización “una oportunidad nueva para llegar al corazón de los hombres” (M, 10).

No olvida el mensaje del Sínodo a quienes se dedican al *arte* en sus varias formas. Las personas artistas “dan forma a la tensión del hombre hacia la belleza... expresión de la espiritualidad... bellas creaciones que nos ayudan a hacer evidente la belleza del rostro de Dios y de sus criaturas” (M, 10): “la vía de la belleza es un camino particularmente eficaz de nueva evangelización”. Ni tampoco olvida a los trabajadores: “toda obra del hombre es un espacio en el que, mediante el trabajo, él se hace cooperador de la creación divina” (M, 10).

3. El escenario del sufrimiento, de la política y de las religiones

En el mundo del dolor y la enfermedad, “el evangelio ilumina esas situaciones”, a las cuales la Iglesia siempre quiere estar cercana.

Mientras que el Mensaje del Sínodo se muestra agradecido a quienes participan en los fenómenos hasta ahora descritos, sin embargo, mantiene una cierta reserva respecto a los políticos. Ahí su lenguaje es más severo: “Un ámbito en el que la luz del Evangelio puede y debe iluminar los pasos de la humanidad es el de la vida política”. El mensaje hace referencia al papel político de la Iglesia evangelizadora respecto a temas como

aborto, matrimonio, libertad de educación, libertad religiosa, lucha por la justicia, oposición a la violencia, al racismo, al hambre, a la guerra. Y añade: “a los políticos cristianos que viven el precepto de la caridad se les pide un testimonio claro y transparente en el ejercicio de sus responsabilidades” (M, 10).

Respecto al diálogo inter-religioso, el Mensaje advierte que “si evangelizamos es porque estamos convencidos de la verdad de Cristo y no porque estemos contra nadie. Los discípulos de Jesús “se alegran de reconocer cuanto de bueno y verdadero el espíritu religioso humano ha sabido descubrir en el mundo creado por Dios y ha expresado en las diferentes religiones”. El diálogo interreligioso tiene repercusiones muy positivas en la humanidad, también en el ámbito político. Contribuye a superar los fundamentalismos y a la paz.

4. En el año de la fe, la memoria del Concilio Vaticano II y la referencia al Catecismo de la Iglesia Católica (n. 11)

El Mensaje del Sínodo se hace eco del diagnóstico del Papa Benedicto XVI sobre la situación de “desertificación espiritual” que ha ido avanzado en estos últimos decenios. “En el desierto –dice el Mensaje- se descubre aquello que es esencial para vivir” (M, 11), se busca el pozo, el oasis. Misión de la Iglesia es conducir a la humanidad hacia el “oasis”, “la fuente de la vida”, que es el encuentro con Cristo. Se agradece el “Año de la fe, preciosa entrada en el itinerario de la nueva evangelización”. Por otra parte, la celebración del cincuentenario del Concilio Vaticano II invita a una revitalización de la fe; su magisterio fundamental para nuestro tiempo –sigue diciendo el Mensaje- se refleja en el Catecismo de la Iglesia Católica, repropuesto a los veinte años de su publicación, como referencia segura de la fe.

5. Contextos: a las Iglesias de las diversas regiones del mundo (n.13)

Es muy acertado –a mi modo de ver- concluir el Mensaje con una referencia a las Iglesias particulares por Continentes, siguiendo la línea de los Sínodos continentales. Se ofrece así una interesantísima y particular visión de la “catolicidad” de la Iglesia (M, 13).

- Los cristianos de las Iglesias Orientales católicas, herederos de la primera difusión del Evangelio, y los cristianos presentes en el Este de Europa. Sus caminos de nueva Evangelización están centrados en la vida sacramental y misteriosa de la Iglesia: es misión de irradiación. Y quienes han de emigrar, llevan ese mismo espíritu a otros lugares, enriqueciendo el misterio de la Iglesia.
- Hombres y mujeres que viven en los países de África: se les pide relanzar la evangelización recibida en tiempos aún recientes, dedicarse como Iglesia “familia de Dios”, reforzar la identidad de la familia, desarrollar el encuentro del Evangelio con las antiguas y nuevas culturas. Hace también una “llamada de atención al mundo de la política y a los gobiernos de diversos países africanos para que promuevan los derechos humanos fundamentales” (M, 13).
- Los cristianos de Norteamérica: “son muchas las expresiones de la cultura de vuestra sociedad que están lejos del Evangelio”. Los obispos les invitan a la conversión: “estad dispuestos a abrir las puertas de vuestras casas a la fe”.
- Iglesias de América Latina y el Caribe: el mensaje asume un tono muy positivo: “admirable desarrollo de formas de piedad popular fuertemente enraizadas en los corazones de tantos, formas de servicio en la caridad y de diálogo con las culturas. Os exhortamos a vivir en estado permanente de misión, anunciando el Evangelio con esperanza y alegría, formando comunidades de verdaderos discípulos misioneros (M, 13).
- Cristianos de Asia: minoría como semilla profunda confiada a la fuerza del Espíritu, que crece en el diálogo con las diversas culturas, con las antiguas religiones y con tantos pobres. Presencia preciosa del Evangelio de Cristo que anuncia justicia, vida y armonía.
- Las Iglesias del continente europeo, marcado por una fuerte secularización, a veces agresiva, y todavía hoy herido por largos decenios de gobiernos marcados por

ideologías enemigas de Dios y del hombre. Reconocimiento (misioneros, universitarios, teólogos, carismas religiosos, servicios de caridad, experiencias contemplativas): “las dificultades del presente no os pueden dejar abatidos, os deben desafiar a un anuncio más gozoso y vivo de Cristo y de su Evangelio de vida” (M,13).

- Los pueblos de Oceanía que viven bajo la protección de la Cruz del Sur. Comprometeos a predicar el Evangelio y a dar a conocer a Jesús.

Conclusión: María, estrella de la Evangelización ilumina el desierto (n.14)

Concluye el mensaje del Sínodo diciendo cómo todo el mundo, todo corazón humano, es hoy el campo de misión: “La misión esta vez no se dirige a un territorio en concreto, sino que sale al encuentro de las llagas más oscuras del corazón de nuestros contemporáneos, para llevarlos al encuentro con Jesús el Viviente que se hace presente en nuestras comunidades” (M,14). La misión consiste por lo tanto en llevar al ser humano desde el desierto hasta la fuente de la Vida.

La figura de María nos orienta en el camino. Es el agua del pozo la que hace florecer el desierto y como en la noche en el desierto las estrellas se hacen más brillantes. María estrella de la nueva evangelización a quien, confiados, nos encomendamos (14).

Siete Reflexiones a partir del Mensaje Sinodal

En este Mensaje se encierra mucha riqueza que, tal vez, no se logre captar con una primera lectura. De hecho serán no pocos los que se pregunten: ¿pero qué aporta de nuevo? ¿Para qué ha servido un Sínodo sobre la nueva Evangelización? Al fin y al cabo, ¿no se vuelve a repetir lo de siempre?

Después de varias semanas de dedicación plena a la reflexión conjunta sobre la nueva Evangelización, de celebraciones litúrgicas y de oración y discernimiento, los participantes en el Sínodo habrán quedado hondamente afectados por esta gran preocupación: *¿cómo relanzar la misión evangelizadora en este momento de la historia de la humanidad?* Cada uno ha ofrecido su peculiar aportación. En esta página web he ido publicando algunas de ellas, que me han parecido especialmente significativas. El Mensaje nace de ese clima. No pretende decirlo todo. Simplemente comunicar el sentimiento común, la preocupación, los sueños. Es la última oportunidad que se les ofrece a los miembros del Sínodo para expresarse conjuntamente y enviar un mensaje a la Iglesia y a la Sociedad. Dejarán después al Papa el medio centenar de Proposiciones. Será Benedicto XVI quien proponga después el tema sinodal en una Exhortación Apostólica.

Partiendo de esta reflexión inicial, ofrezco seguidamente algunos puntos para nuestra reflexión.

- ***La nueva Evangelización tiene su principal protagonista y actor en el Espíritu Santo.*** El n. 6 del Mensaje es –a mi modo de ver- la clave para entender adecuadamente qué es la Nueva Evangelización. En su intervención en el aula sinodal había advertido Mons. Bruno Forte sobre la necesidad de una visión más “pneumatológica” de la nueva Evangelización. No se puede decir que el Mensaje en cuanto tal asuma esta perspectiva. En no pocas de las intervenciones en el Aula sinodal las referencias al Espíritu Santo o no existían o parecían notas al pie de página. El mensaje sigue esa línea, pero exceptuando un magnífico número: el n. 6, que en mi síntesis he titulado “El Espíritu del Señor, primer actor de la nueva Evangelización”. La misión evangelizadora en nuestro tiempo es, ante todo, la Misión del Espíritu pues el Espíritu ha sido enviado por el Abbá y por Jesús, el Señor Resucitado a la Iglesia y a toda la humanidad. Es el Espíritu quien hace memoria de Jesús, quien nos lleva a la verdad completa, quien suscita en nosotros –como un gran

don- la fe, es el Espíritu quien convierte, quien ora, quien crea comunión, quien lucha victoriosamente contra todos los malos espíritus. “Allí donde está el Espíritu está la libertad”. El Espíritu no suprime nuestra colaboración: la suscita. La misión evangelizadora es para nosotros colaboración humilde y generosa con el Espíritu Santo. Y se traduce en nuestra vida como “espiritualidad” o conexión permanente con el Espíritu del Abbá y de Jesús. Lo expresó muy bien el Concilio Vaticano II en la Constitución “Dei Verbum”:

“El Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (cf. Col., 3,16)” (Dei Verbu, n. 8). ”.

- **La nueva Evangelización es también presentada por el Mensaje como “encuentro con Jesucristo”.** La mediación para todo encuentro con el Señor Resucitado es siempre el Espíritu Santo. Gracias a la invocación del Espíritu acontece el misterio de la Consagración de los dones en el cuerpo y en la sangre de Jesús. Gracias a la invocación del Espíritu la comunidad eucarística se convierte en un solo Cuerpo y un solo Espíritu. Gracias al Espíritu somos llevados a la Presencia de Jesús y gracias al Espíritu Jesús viene a nosotros y se hace el encontradizo. En el Espíritu nos encontramos con el verdadero Jesús, Evangelio de Dios. El Espíritu –decía Kathryn Tanner- “irradia la humanidad de Jesús”.

- **Es paradójico que la Iglesia sea “koinonía del Espíritu Santo”, pero esta es la condición de su misión.** Hay aquí una paradoja: porque “koinos” (de donde viene koinonía) significa “impuro” y “hagios” (santo) todo lo contrario. Con ello se indica que la santidad del Espíritu no lo “separa” de la Iglesia que es también pecadora, impura, ni tampoco del mundo: el Espíritu ha sido derramado sobre toda carne. Decía Paul Evdokimov que “sabemos dónde está la Iglesia; pero no nos compete a nosotros juzgar dónde no está la Iglesia”. Sólo el Espíritu lo sabe. La Iglesia es invitada por el Espíritu a colaborar en su misión sin cerrarse, dispuesta escuchar y también a hablar y dar testimonio. La misión de la Iglesia no predetermina la misión del Espíritu. Es al contrario: la misión del Espíritu ha de predeterminar la misión de la Iglesia en todo momento. La Iglesia ha de estar dispuesta a “des-poseerse”, ha de renunciar al pensamiento totalitario. La causa de Jesús -en cuanto que Él es la revelación de Dios, el Hijo de Dios- es -¡ni más ni menos! “la cuestión de Dios”. Hablar de Dios es hablar de Jesús. Ésta es la gran cuestión que nosotros –los seguidores de Jesús- llevamos al diálogo interreligioso (Rowan Williams, *The finality of Christ*), llevamos a la sociedad influenciada por el secularismo, el ateísmo, el agnosticismo, el olvido de Dios.

- **La nueva Evangelización es también “glorificación”, doxología.** El Espíritu Santo no solamente nos lleva a la verdad completa. Él es el glorificador de Dios Padre del Hijo. El Espíritu lleva la obra de Dios -la creación y la redención- a su apoteosis. De ahí la importancia que tiene en la nueva Evangelización la glorificación de Dios a través, sobre todo, de la Liturgia sacramental y misteriosa, pero también a través de la piedad popular. Ahí está el Espíritu Santo “glorificando”, mostrándose en el rostro de todos los redimidos en su infinita diversidad (Vladimir Lossky). La nueva Evangelización puede ser comprendida como la gran iniciativa del Espíritu Santo en nuestro tiempo para “dar gloria a Dios”, al Abbá y al Hijo Jesús, para descubrirle a la humanidad actual sus valores, sus virtudes, sus logros, su humanismo, su belleza y, al mismo tiempo, para sanarla de sus males y errores y expulsar de ella los malos espíritus que intentan dominarla. Y también es una gran iniciativa del Espíritu Santo para descubrirle a la Iglesia cuánto es amada por Jesús, cuántos valores y virtudes la adornan, cuánta belleza irradia con su liturgia, su caridad, su doctrina, su testimonio y para sanarla también de sus impurezas, sus males, sus pecados, su parálisis misionera.

- **¿Y qué novedad?** La novedad que la nueva Evangelización, así entendida, aporta no excluye obviamente nuevas estrategias misioneras, ni nuevos lenguajes o formas de comunicación, ni tampoco la creatividad artística o la agudeza intelectual para hacer más bello el mensaje y la presencia. “Lo nuevo” acaece, sobre todo, en un nivel más profundo: en el descubrimiento de la *Presencia* en todos nosotros –en la Iglesia y fuera de la Iglesia, en la humanidad y en el planeta, en el planeta y en el cosmos- de un “principio divino” que crea armonía, comunión: que “en Él vivimos, somos y existimos”, que “está con nosotros hasta el fin de los tiempos”, que es “el Reino de Dios” ya inaugurado. Se trata del “invento de todos los inventos”. Descubrir esta Presencia es reconocer que “tanto amó Dios al mundo...”, que todo está regido por el principio “Misericordia”. Que este mundo, tal como es, no está dejado de las manos de Dios: está llamado a vivirse en Alianza indisoluble con Dios. Que es un mundo llamado a ser “casa de todos”, donde todos tengan un solo corazón y una sola alma y todo en común.

La nueva Evangelización consiste en anunciar con una convicción cierta que el mal no tiene futuro; que el olvido y desprecio de Dios no trae ni tiene futuro. Que nadie puede frenar la bajada de la Nueva Jerusalén y la celebración de las bodas del Cordero con toda la humanidad. ¡Esta es la novedad que iluminará a nuestra generación, y cegará a quienes no se dejen cautivar por ella!

- **¿Y qué mensaje?** Si Dios nos ha hablado y nos ha enviado a su Hijo-Palabra, si el Espíritu habla por medio de los Profetas, ¿porqué dudarle? El mensaje es “la Palabra de Dios” transmitida de mil modos, comunicada convincentemente, creíblemente, apasionadamente. Se trata de dejar a Dios que hable “al corazón”, que su Palabra sea “la espada de doble filo”, que llegue su mensaje hasta los confines del orbe. Y hacerlo con el estilo de Jesús: no como quien va por todas partes riñiendo, espantando, como un profeta de desgracias y denuncias, como un crítico que todo lo ve mal, como un personaje anticuado, de museo, maloliente, des-ubicado. Más bien, como mensajeros de la Alegría, de la buena noticia, como gente capaz de entusiasmar, como personas movidas por el Espíritu Santo que esparcen por doquier el buen aroma de Cristo Jesús. Nosotros no comunicamos el Mensaje de la Palabra como “solistas”, sino como “coro sinfónico”. El anuncio del Evangelio del Reino de Dios llega al corazón y transforma cuando se hace de forma coral sinfónica (¡que sean uno para que el mundo crea!, oraba Jesús). Hemos de ensayar mucho para que la Palabra llegue así a nuestros contemporáneos. El ensayo nos armoniza con la gran y bella tradición eclesial de 21 siglos, es decir, con la fe de nuestros padres y madres; nos armoniza con la fe profesada hoy en todos los continentes, en tantas y tantas iglesias particulares y comunidades de creyentes. Ser portadores y portadoras de la Palabra evangelizadora es ofrecer en nosotros todo este maravilloso conjunto sinfónico de tantos testigos en comunión. Para ello, ¡qué importante es ser discípulos en la escuela de la Palabra y de la Tradición! No se malgasta el tiempo asistiendo a lo largo de la vida a esa escuela. Siempre se aprende algo nuevo, siempre se descubren nuevas perspectivas y horizontes.

El Papa es el gran director de orquesta -¡no el solista intérprete!- que nos invita a todos a integrarnos en el único coro mundial y a acompañarnos y a interpretar nuestra propia partitura en beneficio del conjunto bello y armonioso. También nuestros obispos tienen esa misma función en el coro de cada iglesia particular. Saben muy bien que la Iglesia funciona polifónicamente y no en “unísonos” o en “solos”. Por eso, se hacen responsables si acallan voces que están en la partitura del Espíritu de Dios; pero ¡qué fantástica es su función, cuando son capaces de integrar la diversidad en una bella interpretación!

- **¿Y a dónde llevar la nueva Evangelización?** Los lugares a los cuales el Espíritu de Jesús nos envía no son –como en otros tiempos- “las misiones”. Somos enviados a todo el mundo, a este mundo en todo su entramado maravilloso y también perverso: al mundo de los pobres y marginados, de la economía mundial y local, de la política, de la ciencia, de la educación, de las comunicaciones y redes sociales, a la sociedad del

conocimiento y la información. Somos enviados para disfrutar del diálogo con tantas personas inteligentes de buena y bella voluntad y también para el difícil diálogo con el mundo del fundamentalismo religioso o secularista, de la perversidad y los bajos fondos, con el mundo de las redes del mal; y, como es obvio, ¡para sufrir sus consecuencias! Es preciso estar muy atentos a las “mociones del Espíritu”. Él provee en cada momento lo que se debe realizar. Y sus misioneros y misioneras –y claro está también y especialmente nuestras Instituciones y Comunidades- debemos estar en todo momento disponibles para “una nueva misión”. Por ello, debemos de renunciar a la institucionalización de la misión sin fecha de término. Es propio de cada misión recibida, el que tenga su inicio y su conclusión. Y esto vale también para nuestras instituciones. La movilidad que requiere la misión acabará con muchos inmovilismos, con las llamadas “vacas sagradas” a las que no se les puede tocar y que perpetúan instituciones incapaces de renovarse. Por eso, la nueva Evangelización requiere re-estructuraciones, re-organizaciones: la Iglesia y sus comunidades deben re-organizarse para la nueva Evangelización. La misión debe dar su configuración a la Iglesia, y no la Iglesia dar su configuración a la misión. Aquí está –a mi modo de ver- el “quid” de la cuestión: en el cambio de paradigma. Será la nueva Evangelización –protagonizada por el Espíritu- la que nos re-organice, la que nos transforme, nos vuelva “nuevos” o nos haga “nacer de nuevo”. Sí, la nueva Evangelización está requiriendo un “nacer de nuevo” del Matrimonio y la Familia en una nueva época, un “nacer de nuevo” del ministerio Ordenado en un nuevo contexto, un “nacer de nuevo” de la Vida Consagrada –porque si no puede entrar en procesos de muerte y extinción-, un “nacer de nuevo” del laicado con todas sus formas, movimientos y asociaciones. La Iglesia reconoce que la nueva Evangelización le está exigiendo un nuevo paradigma de diferenciación y comunión eclesial. ¿Estaremos ahora en disposición de hacer posible el gran sueño del Concilio Vaticano II? Quizá esa sea la gracia del Espíritu Santo para nuestro tiempo. Él ya nos envía señales.

Cuando algo nuevo está naciendo, aparece el Dragón apocalíptico para devorar a la criatura apenas nazca. Que se lo piensen muy bien, quienes desde su escepticismo o incluso cinismo, o desde su pereza, se opongan y menosprecien esta gracia que nos es concedida: pueden convertirse en cómplices del Dragón. Sin embargo, todo se concitará para que el proyecto del Espíritu siga adelante.